**Marlobo**

Vivir en un pueblo junto al mar, no es como Hemingway nos contó, ver a los pescadores, escuchar el silencio y sentirse oprimido porque el silencio no acaba.

A veces, ese silencio se rompe con el canto de los insectos que están unos metros más allá, en la selva. Otras veces las aves son las que se encargan de diluirlo. Pero al final ese silencio te puede enloquecer si no te adaptas a pensar como lo hacen los que han nacido ahí, junto al mar.
Aun así, hay algo que hipnotiza cuando vives ahí, algo que te enloquece y te vuelve adicto, me refiero a las mujeres del puerto.

Bellas, directas y fuertes.
También está el calor, siempre presente, siempre haciéndote sudar desde los riñones hasta la los testículos, gotas resbalando por entre las nalgas, y esa zona casi prohibida para la mayoría a excepción de un espacio solitario y una comezón insistente. Después, la frente escurriendo tanto que los anteojos se vuelven una verdadera molestia.

La camisa, que aunque este hecha del lino más fino, está pegándose a tu barriga, o a la espalda, y por reflejo, tener que adoptar ese movimiento cotidiano de agitarla levemente antes de sentarte, o después de sentarte, o moverte, o lo que sea, en cada cambio de posición, hacer ese leve aleteo de camisa a la altura de la cintura o del pecho, se vuelve un tic tan vergonzosamente necesario que terminas por ignorarlo.
Hay ventajas.

Por ejemplo, la ropa ligera, las muchachas de piel dorada, tostada, de carne firme y de cabellos de todos los tipos, ondulados hasta las nalgas, lacio hasta los hombros, rizado y alborotado como hoguera, todas con cuerpos de atleta, o de bailarina exótica.
Si te dejas, te chuparan la sangre y se robaran tus libros. Te harán voltear los ojos en cada orgasmo, y te dejarán seco y sin ganas de fornicar por lo menos hasta las nueve de la mañana.
Había llegado hacía dos semanas al puerto, un puerto casi olvidado de Dios, pero bastante violento como para ser un buen punto de negocio.

Yo esperaba por correo a que me llegaran ciertos folletos que la empresa para la que trabajo me enviaba, pero el clima y los bandidos retardaban por días la llegada de mi herramienta. Todos los días telegrafiaba para saber si el paquete llegaba en el tren de las cuatro, pero la respuesta era la misma. “Problemas más allá de nuestro alcance, esperar noticias”.

En los primeros días alquilé una gran casa blanca, con piscina y todo, de principio me pareció maravilloso tener la playa a solo dos minutos caminando entre veredas arboladas y llenas de aves.
Así que gastaba mis días tomando cerveza sentado en una silla blanca de acero fundido y plomo y que estaba con las patas semienterradas en el patio bajo la sombra de los mangos y las papayas.
Comer pepino con chile, beber cerveza.
Levantarse de la silla, quitarse las sandalias y arrojarse a la piscina de azulejos amarillos y verdes, iguales a los del piso de la cocina. Salir del agua tibia y sentir el aire aún más tibio, comer más pepino, beber más cerveza.

Ir a la cocina y picar una cabeza de ajos, machacarlo y hacer una pasta gruesa a la que le agregaba pimienta y con ella embadurnar un pescado de buen tamaño, firme, fresco, tan fresco que esperaba que en cualquier momento brincaría hacia la piscina, huyendo de mis dientes. Luego, hacerle cortes profundos por los costados y meter la pasta de ajo hasta los huesos, dejarlo reposar antes de ponerle sal de grano. Abandonarlo unos minutos y terminar la cerveza, encender la estufa, poner el sartén de hierro y echar un buen charco de aceite de canola.
Freír el pescado, sacar el vino blanco del congelador, encender otra hornilla y poner otro sartén, este, de teflón.

Poner media barra de mantequilla a derretir, echar otra cabeza de ajo picado, cortar cebollines y echarlos en mantequilla caliente, esperar y poner camarones en esa salsa hasta que estuvieran rojos y firmes, listos para comer.
No más de quince minutos, o pierden consistencia.
Tomar el vino, descorcharlo, servir el pescado, ponerle aguacate y chile, por un lado, abrir la cajonera por una copa de flauta, claro la más grande.

Servir en un plato extendido los camarones con cebollines, llevarlos a la mesa de la terraza, ir a la cocina de nuevo por una rebanada de papaya para darle color al plato del pescado que no se verá tan hermoso junto a los camarones.
Equilibrarlo, verlo, y sentarse a comer.
Beber el vino, probar el pescado, ponerle más sal, y comerlo junto con un bocado de aguacate de cáscara verde esmeralda, dejarlo en paz y poner un poco de cilantro y reemplatarlo de manera que tuviera algo de erótico nada más de verlo. Acomodar todo en la mesa, sacar solo un tenedor y una servilleta, y comenzar despacio, ensalivando cada bocado, sintiendo los jugos de la carne mezclarse con el ajo, la sal, y dejar que el aceite haga su trabajo en cada deglución. Dejarse de protocolos y sacar los huesos desde la boca, amontonarlos a un lado, comer todo un lado del pez parsimoniosamente y voltearlo para comer la otra mitad casi a orgasmos, sin recato, bocado tras bocado, usar tenedor y dedos, olvidarse del vino concentrarse en el ajo acitronado, casi tostado, en la sal que un cruje en cada mordida, refrescar con un poco más de ese aguacate verde, cremoso, dulce. Pellizcar un brote tierno de cilantro y una jugosa fileteada de cebolla morada. Sentirlos explotar entre muelas y lengua, succionar todo el placentero jugo y deglutir otra vez.
Finalizar el pescado hasta escarbarle la cabeza, justo arriba de los ojos, revisar y comprobar que ya no queda más de esa deliciosa carne blanca y condimentada. Suspirar y poner los restos a un lado.
Recoger con un dedo las manchas cafés que deja sobre la losa blanca del plato el tostado de la carne y el ajo mezclados con vapor, lamer un dedo, lamer otro dedo.
Y suspirar.
Turnar el plato de camarones, y devorar el primero, sentir como escurre por la barba la salsa y no darle importancia, limpiarse por instinto y beber un poco de vino frío, tomar otro camarón , esta vez sin tenedor, descascararlo impaciente, y meterlo en la boca, mientras tomas la copa y bebes un trago, tu mano izquierda ya está tomando otra pieza y comienza a pelarla, poner las cáscaras y las cabezas en el plato donde estaba el pescado. Servir una tercera copa de vino.
Desabrocharte el pantalón.
Sonreír, mientras acaricias tu barriga.
Fumar, y terminar la botella.
La radio, que está encendida desde que me levanto a las seis de la mañana, tiene el buen gusto de solo tocar música clásica y algo de jazz los fines de semana. Esta tarde, nos programó un excelente concierto de Strauss que afortunadamente, acompaño el ritmo al que yo desaparecía camarones a bocados. Que risa me daba pensar que los bosques daneses, jamás sabrían lo que es estar panzón devorando camarones en un lugar selvático, y ciertamente salvaje.
Después bajar hacia la alberca y dormir la siesta en la hamaca que está en la esquina del patio, justo frente a la ventana de la sala. Un gran ventanal blanco que contrasta con el azul gris de esa pared.
A través del cristal se ve la sala.
Mi reflejo, tirado en la hamaca entre arboles de plátano, tiene cierta poesía.
Una sala de color verde olivo, con cojines ásperos, y molduras de madera selvática que aun huele a caoba, o algo más precioso. De esas salas donde te da remordimiento fumar, el respeto por ese aroma, por ese abolengo, te aplasta, y prefieres salir a la hamaca o a las sillas de plomo y esperar hasta sentarte para poder fumar. Mientras instintivamente siempre volteas a la sala.

Así fue mi primer mes viviendo acá, en el puerto.
Como les contaba había llegado por unos encargos del trabajo. Yo vendo cerraduras para ataúd, es algo extraño, pero se venden bien, y la compañía pagaba excelentes comisiones además de que todos los gastos de viaje estaban patrocinados al cien por ciento, así que, para mí, eran vacaciones pagadas.
Un viernes, regresé del acostumbrado telegrama y me dormí hasta como a las ocho de la noche, y comenzó a llover. En mi vida había visto la lluvia del trópico, es aterradora, el sonido es monstruoso y la cantidad de agua es tal, que pareciera que el mar se volteó sobre la tierra.

Así que me quede a oscuras, porque la tormenta generó un apagón, y ahí estaba yo con media resaca de viernes y un cigarrillo en la mano, fumaba y podía ver de reojo el contorno de mi cuerpo, el de mi cabello, veía como el humo que normalmente subiría azulado, se volvía nebuloso y gris, y se difuminaba, esparciéndose entre el balcón y la ventana sin irse a ningún lado. Una mortecina luz roja era lo único que había entre la tormenta y yo.
No había manera de salir, tenía que esperar a que cesara la lluvia para ir al almacén por más cervezas.
Tampoco había radio, y la servidumbre, para evitar indiscreciones sobre las fiestas que se pudieran dar el fin de semana, tenía libre desde las cuatro del viernes hasta las ocho de la mañana del lunes.
Los relámpagos sonaban con tal violencia que aunque los viera anunciados por esa luz blanquiazul que los precede me hacían brincar.
Yo estaba recargado en el barandal del balcón que daba al patio trasero, podía ver una mancha gris en donde estaba la piscina, y con cada rayo veía los árboles y a una gruesa cortina de agua iridiscente que caía hostilmente apenas a un metro más allá del techo del balcón. Los árboles eran empujados violentamente por el viento, y temí no pocas veces que se desprendieran las ramas más pesadas.
Después de dos horas, seis cigarrillos, y mis últimas cinco cervezas, dejó de llover.
Aún no regresaba la energía, así que pensé que era el final de la noche, no es que yo sea de esos hombres que salen cada viernes o que se sienten incompletos si no están en un lugar con un mar de gente, no.
Yo disfruto bastante de mi soledad, por no decir que yo mismo la provocaba y me negaba a convivir con los humanos que me rodean.
Pero ese viernes todo cambio, la energía eléctrica se reconectó y eran las diez y media. La hora perfecta para salir de casa en una inusualmente fresca noche después de la tormenta.
Me estaba poniendo los pantalones, y ya buscaba los zapatos cuando escuché golpes en la puerta que da hacia la calle.
El zaguán, después del ruido de la tormenta, rompía la quietud de la noche.

Sentí una mezcla de pereza y furia por tener que bajar a ver quién era y que quería.
Metí los pies en los zapatos sin abrochar y baje la escalera hacia el patio, los golpes insistían
Me acerque al portón y pregunté: - ¿Quién es? - puse la cabeza de lado izquierdo porque siempre he sentido que con ese lado escucho mejor.
-Ayuda por favor! Auxilio ¡- la voz de una mujer gritaba mientras seguía golpeando la hoja metálica.
- ¿Que quiere? espere ahí, llamaré a la policía, ¿Está bien? ¿Necesita una ambulancia? - esperé unos segundos y los golpes se detuvieron en seco.
Escuché un leve gemido, y un grito de miedo, no de sorpresa, si no de ese miedo ante lo inevitable.
Subí temeroso y ciertamente tembloroso, llamé a la policía, y les expliqué. Me prometieron ir en cuanto el camino desahogara un poco del agua acumulada por la tormenta, el comandante de la policía del pueblo ya me conocía, ambos bebíamos en el bar a la misma hora todos los días. Así que confié plenamente en su palabra. Salí al patio, y trate de escuchar algo, pero nada.
Me acerque poco a poco a la puerta y temblando me pegué a la mirilla. La calle era una mancha negra con salpicones de amarillo por las luces de los faroles cercanos. Nada más que eso.
Abrí la puerta con mucha precaución, esperaba encontrar una horrible escena, pero lo que vi fue algo que jamás me imagine, primero asome la cabeza y pude verlo, luego abrí la puerta por completo y ahí estaba, el corazón me latió tan rápidamente que pensé en un infarto...
Un enorme perro negro, comía pedazos del vientre de una persona. A primera vista pensé que era una mujer, o un niño por el tamaño y forma de las extremidades. El perro no me notó el primer segundo, pero después de cortar un pedazo de tripa, levanto las orejas y en menos de un segundo me miro, atravesó la oscuridad y la llovizna y sentí su mirada directo a mi cerebro, es decir, el maldito animal miro a través de mis ojos y pude notar que el muy hijo de puta podía ver lo que estaba pensando.

Cerré la puerta y corrí hacia el interior de la casa, las piernas me temblaban, las manos me temblaban, cerré detrás de mí, y comencé por instinto a mirar en las ventanas, a cerrarlas torpe y violentamente una a una, subí las escaleras, y a la mitad de la bajada regresé a la cocina por el cuchillo más grande, revisé la planta alta y verifiqué que no dejé ventanas abiertas, luego, me encerré en el cuarto y volví a llamar a la policía.

Sentado en la cama, miraba hacia la ventana, el cielo se abrió y estaba tan limpio como cielo de montaña, la luna llena me miró, plateada, gigante, solitaria.

Un aullido sonó en la calle de enfrente, me enrollé en las mantas y cerré los ojos.

**FIN**